

Capítulo 8

DIOS ES INFINITO

Padre celestial: déjanos ver tu gloria; si es necesario, desde el abrigo de la hendidura en la roca y desde debajo de la protección de tu mano que nos cubra. Cualquiera que sea el precio para nosotros, en pérdida de amigos, o de bienes, o de largura de días, déjanos conocerte tal como eres, para que te podamos adorar tal como debemos. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

El mundo es malo, y los tiempos es tan llegando a su fin y la gloria de Dios se ha marchado de la Iglesia, como una vez se levantara la nube de fuego de la puerta del Templo a la vista del profeta Ezequiel. El Dios de Abraham ha retirado de nosotros su Presencia consciente, y otro dios al que nuestros padres no conocían se está acomodando en medio de nosotros. Este dios lo hemos hecho nosotros mismos, y porque lo hemos hecho, lo podemos comprender; porque lo hemos creado, nunca podrá sorprendernos, nunca abrumarnos, nunca dejarnos perplejos, nunca trascendernos.

Es cierto que el Dios de la gloria se reveló a sí mismo a veces como un sol que bendice y da calor, pero que con frecuencia asombra, abruma y ciega antes de sanar y conceder vista permanente, Este Dios de nuestros padres quiere ser el Dios de la raza que los suceda. Sólo tenemos que prepararle morada en amor, fe y humildad. Sólo tenemos que desearlo lo suficiente, y Él vendrá a manifestársenos.

¿Permitiremos que un hombre santo y reflexivo nos exhorte? Oigamos a Anselmo; o mejor aún, prestemos atención a sus palabras: Levántate ahora, insignificante hombre. Huye por un tiempo de tus ocupaciones; escóndete por un momento de los pensamientos que te perturban.

*¡Tan grande es Dios que no lo conocemos!
¡Incontable es el número de sus años!
Job 36:26*

Deja a un lado ahora los cuidados que tanto te pesan, y desecha tú laboriosa ocupación. Déjales espacio a unos momentos para Dios, y descansa por un poco de tiempo en Él. Entra en la recámara interior de tu mente; enciértrate y deja fuera todos los pensamientos, menos el de Dios, y todos los que te puedan ayudar a buscarlo. Habla ahora, mi corazón entero.

Háblale ahora a Dios, diciéndole: Busco tu rostro; tu rostro, Señor, buscaré. De todo cuanto se pueda pensar o decir acerca de Dios, su infinitud es lo más difícil de captar. Aun tratar de

concebirlo, parecería algo que se contradice a sí mismo, puesto que esta conceptualización exige que emprendamos algo que sabemos desde el principio que nunca podremos realizar. Con todo, debemos intentarlo, porque las Santas Escrituras enseñan que Dios es infinito y que, si aceptamos sus demás atributos, por necesidad tendremos que aceptar éste también.

No debemos retroceder ante el esfuerzo de comprender, aunque el camino sea difícil y no haya ayudas mecánicas para la subida. La vista es mejor más arriba, y el viaje no es para los pies, sino para el corazón. Por tanto, busquemos estos “trances del pensamiento y ascensiones de la mente” según a Dios le complazca concedérselos, sabiendo que el Señor les da con frecuencia la vista a los ciegos, y les susurra a los infantes y a los niños de pecho verdades nunca soñadas por los sabios y prudentes.

Ahora, el ciego deberá ver, y el sordo oír. Ahora debemos esperar recibir los tesoros de las oscuridades y las riquezas escondidas de los lugares secretos. Por supuesto, la infinitud supone ausencia de límites, y es obviamente imposible para una mente limitada captar al Ilimitado.

*Oye, Señor, mi voz
cuando a ti clamo;
compadécete de mí
y respóndeme.
El corazón me dice:
«¡Busca su rostro!»*

*Y yo, Señor,
tu rostro busco.
Salmo 27.7-8*

En este capítulo, me veo obligado a pensar un paso por detrás de aquello sobre lo cual estoy escribiendo, y necesariamente, el lector deberá pensar un grado por debajo de aquello que está tratando de pensar. ¡Oh, qué profundidad de riquezas hay en la sabiduría y en el conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, y sus caminos más allá de nuestra posibilidad de descubrirlos! Hemos sugerido antes cuál es la razón de nuestro dilema.

Estamos tratando de imaginarnos un modo de ser ajeno por completo a nosotros, y distinto por completo a cuanto hemos conocido en nuestro familiar mundo de materia, espacio y tiempo. “En ésta, y en todas nuestras meditaciones sobre las cualidades y el contenido de Dios, escribe Novaciano, “pasamos más allá de nuestro poder de comprender de manera adecuada, y la elocuencia humana tampoco puede presentar un poder comparable a su grandeza. En la contemplación y manifestación de su majestad, toda elocuencia se queda muda, y con razón; todo esfuerzo mental resulta débil.

Porque Dios es mayor que la misma mente. No podemos concebir su grandeza. No; si pudiéramos concebir su grandeza, Él sería inferior a la mente humana que podría formar este concepto. Él es superiora todo lenguaje, y no hay afirmación que lo pueda expresar. En realidad, si hubiera afirmación alguna que lo pudiera expresar, Él sería inferior al habla humana que podría

captar y reunir con dicha afirmación todo cuanto Él es. Todos nuestros pensamientos acerca de Él serán inferiores a Él, y nuestras expresiones más elevadas serán trivialidades, comparadas con Él.

Es lamentable que no siempre se le ha dado a la palabra infinito su significado preciso, sino que se ha usado de forma descuidada sólo como mucho, o como una gran cantidad, como cuando decimos que un artista se toma un cuidado infinito con su cuadro, o un maestro muestra una paciencia infinita con sus alumnos.

Usada de forma correcta, esta palabra no se le puede aplicar a ninguna cosa creada, y a nadie más que a Dios. Por eso, discutir sobre si el espacio es infinito o no sólo es jugar con palabras. La infinitud sólo puede pertenecerá Uno. No puede haber un segundo. Cuando decimos que Dios es infinito, esto significa que Él no conoce límites. Cuanto Dios sea, y todo lo que Dios es, carece de límites. Aquí tenemos que alejamos de nuevo del significado popular de las palabras.

“Riqueza ilimitada” y “energía sin límites” son dos buenos ejemplos más del mal uso de las palabras. Por supuesto, no hay riqueza alguna que sea ilimitada, ni hay energía que no tenga límites, a menos que estemos hablando de la riqueza y la energía de Dios. Una vez más, decir que Dios es infinito es decir que Él es inconmensurable; que no se le puede medir. La medida es la forma que tienen las cosas creadas de dar cuenta de sí mismas. Describe las limitaciones y las imperfecciones, y por tanto, no se le puede aplicar a Dios.

El peso describe la fuerza de gravedad que ejerce la tierra sobre los cuerpos materiales; la distancia describe los intervalos que existen entre los cuerpos en el espacio; el largo significa la extensión en el espacio, y hay otras medidas familiares, como las usadas para los líquidos, la energía, el sonido, la luz y los números para las pluralidades. También tratamos medir cualidades abstractas, y por eso hablamos de una fe grande o pequeña, una inteligencia grande o escasa, unos talentos notables o pobres.

¿No se ve con claridad total que nada de esto se aplica ni se puede aplicar a Dios? Ésta es la forma en la que vemos la obra de sus manos, pero no la forma en que lo vemos a Él. Él está por encima de todo esto, por fuera de ello, más allá de todo.

Nuestros conceptos de medida comprenden a las montañas y a los hombres, a los átomos y a las estrellas, a la gravedad, la energía, los números, la velocidad, pero nunca a Dios. No podemos hablar de medida, o cantidad, o tamaño, o peso, y al mismo tiempo estar hablando de

Dios, porque estas cosas hablan de grados, y en Dios no hay grados. Todo lo que Él es, lo es sin crecimiento, adición o desarrollo. No hay nada en Dios que sea menor o mayor, grande o pequeño. Él es lo que es, en sí mismo, sin pensamientos o palabras de tipo calificativo. Sencillamente, Él es Dios.

En el abrumador abismo del Ser divino podrían encontrarse atributos de los cuales nada sabemos, y que quizá no tengan significado alguno para nosotros, como los atributos de misericordia y de gracia carecen de sentido personal para los serafines o los querubines. Es posible que estos seres santos conozcan estas cualidades de Dios, pero no sean capaces de identificarse con ellas por la simple razón de que no han pecado, y por tanto, no han puesto en acción la misericordia y la gracia de Dios.

Es posible que haya, y yo creo que los habrá con seguridad otros aspectos del ser esencial de Dios que Él no ha revelado ni siquiera a sus hijos rescatados e iluminados por el Espíritu. Estas facetas escondidas de la naturaleza de Dios se refieren a su relación con nadie más que consigo mismo. Son como el otro lado de la luna, que sabemos que se halla allí, pero que nunca ha sido explorado y no tiene significado inmediato para los hombres en la tierra. No hay razón para que nosotros tratemos de descubrir lo que no ha sido revelado. Nos debe bastar con saber que Dios es Dios.

*Llenando para siempre tu propio ser con una llama encendida por sí misma,
en ti mismo estás derramando un crónos sin nombre. Sin la adoración
de las criaturas, sin un velo sobre tus rasgos, Dios siempre el mismo.*

Frederick W. Faber

Con todo, la infinitud de Dios nos pertenece y se nos da a conocer para nuestro provecho perdurable. Ahora bien, ¿qué significa exactamente para nosotros más allá del simple asombro de pensar acerca de ello? Mucho en todos sentidos, y más cuando llegamos a conocernos a nosotros y conocer a Dios mejor. Porque la naturaleza de Dioses infinita, todo lo que brota de ella es también infinito. Nosotros, pobres criaturas humanas, nos sentimos continuamente frustrados por las limitaciones que se nos imponen de dentro y de fuera.

Los años de nuestra vida son pocos, y pasan con más rapidez que la lanzadera del tejedor. La vida es un ensayo corto y febril para un concierto que no nos podemos 'quedar para dar. Justamente cuando parecemos haber alcanzado alguna destreza, se nos obliga a dejar nuestro instrumento en el suelo. Sencillamente, no hay tiempo suficiente para pensar, para llegar a ser,

para realizar aquello de lo que la constitución de nuestra naturaleza nos indica que somos capaces.

Qué tan satisfactorio es volvernos de nuestras limitaciones a un Dios que no tiene ninguna. En su corazón yacen años eternos. Para Él, el tiempo no pasa, sino que permanece, y los que están en Cristo comparten con Él todas las riquezas de un tiempo sin límites y unos años sin fin. Dios nunca se apresura. No tiene fechas límite para las obras que realiza. Sólo saber esto basta para aquietar nuestro espíritu y relajamos los nervios. Para los que se hallan fuera de Cristo, el tiempo es una bestia devoradora; ante los hijos de la nueva creación, el tiempo se encoge, ronronea y les lame la mano.

El enemigo de la vieja raza humana se convierte en amigo de la nueva, y las estrellas en su curso luchan por el hombre que Dios se deleita en honrar. Esto es lo que aprendemos de la infinitud divina. Sin embargo, hay más aún. Los dones de Dios en la naturaleza tienen sus limitaciones. Son finitos, porque han sido creados, pero el don de la vida eterna en Cristo Jesús es tan ilimitado como Dios. El cristiano posee la vida del mismo Dios, y comparte con Él su infinitud. En Dios hay vida suficiente para todos, y tiempo suficiente para disfrutarla. Todo cuanto posee vida natural pasa por su ciclo desde el nacimiento hasta la muerte, y deja de ser, pero la vida de Dios vuelve sobre sí misma, y nunca cesa. Y ésta es la vida eterna: conocer al único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Él ha enviado.

En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba con Dios en el principio. Por medio de él todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir. En él estaba la vida, y la vida era la luz de la humanidad. Esta luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no han podido extinguirla.

Juan 1.1-5

La misericordia de Dios también es infinita, y el hombre que ha sentido el acuciante dolor de la culpa interior sabe que esto es algo más que académico. “Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.” La abundancia de pecado es el terror del mundo, pero la sobreabundancia de gracia es la esperanza de la humanidad. Por mucho que abunde el pecado, sigue teniendo sus límites, porque es producto de mentes y corazones finitos; pero la “sobreabundancia” divina nos introduce a la infinitud. Contra nuestra profunda enfermedad de criaturas, se alza la infinita capacidad de curación que tiene Dios.

El testimonio cristiano a lo largo de los siglos ha sido que “tanto amó Dios al mundo...”; nos falta ver ese amor a la luz de la infinitud divina. Su amor es inconmensurable. Es más todavía: no tiene límites. No tiene límites, porque no es una cosa, sino una faceta de la naturaleza

esencial de Dios. Su amor es algo que Él es, y porque Él es infinito, ese amor puede envolver en sí mismo a todo el mundo creado y seguir teniendo lugar para diez mil veces diez mil mundos más.

*Éste, éste es el Dios que adoramos,
nuestro Amigo fiel e inmutable,
cuyo amor es tan grande como su poder,
y ninguno de los dos conoce medida ni fin.
Es Jesús, el primero y el último,
cuyo Espíritu nos guiará sanos y salvos al hogar;
le alabaremos por todo lo que está en el pasado,
y confiaremos en Él por cuanto está en el porvenir.*

Joseph Hart